

<b>AUTORA</b>	Josefa Díez de la Cortina y Morales
<b>TÍTULO</b>	Elogio de la Reyna Nuestra Señora
<b>DATOS BIBLIOGRÁFICOS</b>	Madrid: Imprenta Real, Pedro Pereyra, 1800; 32 pp.
<b>EJEMPLAR</b>	Madrid: Biblioteca Nacional Española, VE/737/18, <a href="#">texto completo</a>
<b>EDICIÓN</b>	Wesley T. Davis
<b>RESPONSABLE</b>	Helena Establier

[\[p. 1\]](#) [\[Portada\]](#)

Elogio de la reina nuestra señora, formado por la señora doña Josefa Díez de la Cortina y de Morales, socia de honor y mérito de la Real Sociedad Económica de Madrid. Leído en la Junta Pública de Distribución de Premios en 18 de diciembre de 1799.

Madrid en la Imprenta Real.

Por don Pedro Pereyra, impresor de cámara de su majestad, año de 1800.

[\[Inicio de la obra, p. 2\]](#)

[\[Frontispicio rectangular con corona e iniciales “A,” “H,” y “R”\]](#)

[\[p. 3\]](#)

Cuando me vi con el encargo de formar el sexto elogio de nuestra augusta soberana, mi sorpresa fue igual a mi timidez, y la desconfianza de desempeñarlo dignamente, al conocimiento de mi insuficiencia y cortas luces. Conocí desde luego que la grandeza del asunto exigía mayor talento y más versado en el arte de decir que el mío para presentarlo con toda la majestad que le conviene [\[p. 4\]](#) y que la sucesión de tantos y tan bien dispuestos panegíricos hacía este al parecer más difícil. Pero lo confieso ingenuamente: no nacían mis temores de falta de materia para las más bien merecidas alabanzas, ni pude persuadirme que esta se hubiese apurado en los años precedentes, ni juzgué verme en la precisión de acudir a repeticiones fastidiosas.

No: María Luisa de Borbón adquiere siempre nuevos títulos a nuestro reconocimiento, y cada año de su vida es [\[p. 5\]](#) señalado por un nuevo rasgo de beneficencia. Esta virtud que la Reina posee en el grado más alto es superior a todas nuestras expresiones y, reproduciéndose de diversos modos, ofrece una variedad abundante y agradable a sus panegiristas. Segura de hallar nuevos motivos para formar su elogio, solo me intimidaba el considerarme imposibilitada de hacerlo con el decoro y elegancia que le corresponde. Quisiera que las virtudes que la posteridad admirará llegasen a ella [\[p. 6\]](#) con la brillantez y adorno a que son acreedoras y que el modo de referirlas no perjudicase a la solidez incontestable de su mérito. Una reflexión me animaba entre estos temores, y es que las acciones de una sublimidad conocida nada pierden de su grandeza por

la debilidad de la voz que las publica, y que su misma elevación las exime de recurrir a la ilusión y artificio. Por sí solas hablan; y el público, que experimenta sus saludables efectos, las celebra.

No os hablaré pues de sus [p. 7] virtudes religiosas y domésticas; de aquella igualdad de carácter que es siempre fruto de un dominio sobre sí misma, adquirido por una vigilancia extraordinaria y continua concedida a pocos; de aquel acogimiento afable y maternal con que derrama el bálsamo del consuelo y las esperanza en los corazones afligidos de los que solicitan su protección y amparo; de aquel conjunto prodigioso de perfecciones que la hacen amar de cuantos tienen el honor de tratarla y la dicha de servirla. [p. 8] ¿Y a qué repetiría yo ahora su penetración para conocer el mérito, su liberalidad para premiarlo, su paciencia en los sucesos adversos, su moderación en los felices y aquella tranquilidad y constancia de espíritu con que se conduce en todo género de situaciones? ¿Quién no conoce y no celebra su dulzura, su amor al rey, su cuidado en la educación de los infantes, su discreción y su prudencia? España reconoce agradecida estas virtudes, mil lenguas experimentadas las publican [p. 9] y vosotros las habéis celebrado en este sitio.

Mas si María Luisa de Borbón reconcentrara estas virtudes en el recinto de su palacio, si su beneficencia reducida al amparo de su familia no se extendiera al fomento y mejoras de los establecimientos públicos, no tuviéramos el consuelo de mirarla como el modelo de una reina. El árbol de su beneficencia extiende su sombra saludable por todas partes y yo voy a manifestaros sus nuevos frutos.

[p. 10] Apartemos para esto por un instante nuestra consideración de la augusta princesa, para llevarla a los lugares donde se sienten los efectos de su clemencia. Volvamos la vista al asilo de los más infelices individuos de nuestra especie y, retrocediendo un corto espacio de tiempo, examinemos el estado deplorable que tenía, para bendecir después la mano misericordiosa que salvará la vida de muchos hombres. La casa que la caridad había erigido para recoger los frutos [p. 11] desgraciados de unas pasiones ilegítimas, donde la inocencia recién nacida, privada de todo apoyo y de todo derecho, debía asegurar su existencia, la inclusa de Madrid, se había convertido en un sepulcro insaciable de niños que hallaban una muerte casi cierta donde debieran conservar su vida. La humanidad no puede oír sin estremecerse el cálculo fatal de las víctimas de aquel desorden y nosotros debemos aquí una memoria de honor a los corazones sensibles que formaron [p. 12] los primeros el proyecto de detener un mal tan grave. La piedad de la Reina, que protegió sus intentos, aprobará este testimonio de nuestro aprecio.

Por más loables que fuesen sus fines, la Sociedad, que concibió este generoso designio, debía prometerse para su ejecución aquellas dificultades inevitables cuando se trata de dar nueva forma a establecimientos antiguos y remediar males, que por envejecidos pretenden tener el

derecho de subsistir [p. 13] siempre. Era de temer que se procurase sorprender la religión del rey y de su sabio ministro para impedir los esfuerzos de la caridad; y se necesitaba contar con una protectora bastante sabia para conocer el precio y utilidad de las mejoras proyectadas, bastante benéfica y compasiva para desearlas, y bastante poderosa para sostenerlas.

La providencia había determinado que este útil designio se llevase a efecto; y la reina es la protectora que le [p. 14] había destinado. Los gritos de los infelices expósitos llegan a sus oídos, su corazón misericordioso recoge toda su sensibilidad para recibirlos, sus entrañas maternas se conmueven; la caridad, sostenida por su gloriosa protección, recibe la aprobación del soberano y su mano benéfica entra a reparar las ruinas del asilo sagrado. Los frutos de su diligencia y actividad comienzan a sentirse: la economía sucede al desorden, la inteligencia a la ignorancia, un cuidado activo [p. 15] y celoso a la negligencia mercenaria y un germen precioso de vida a los estragos continuos de una muerte incesante.

La humanidad se felicita de haber concebido un proyecto tan interesante: el estado contará nuevos individuos y las artes y oficios adquirirán nuevos brazos; los padres de los niños confiados a la caridad pública, llamados por la religión a los tiernos sentimientos de la naturaleza, tendrán la esperanza de hallar algún día las inocentes prendas que sacrificaron [p. 16] a un honor inhumano o una pobreza extremada. La reina recogerá el premio de sus piadosos oficios: las bendiciones del reconocimiento acompañarán eternamente su memoria.

Pero yo me engaño: la reina ha recogido ya este premio. María Luisa de Borbón hizo un bien a su pueblo y su corazón compasivo está satisfecho. Porque lo que hace más apreciables sus beneficios es el generoso desinterés con que los acompaña. Las almas poseídas por ruines y pequeñas pasiones [p. 17] no son capaces de aquella beneficencia que hace el bien solo por el gusto de hacerlo. Sus favores siempre van pensionados con la obligación de servicios injustos, de sumisiones humilladoras y de agradecimientos excesivos. El vano apetito de los aplausos, las pretensiones a la fama y popularidad y cierta complacencia secreta, nacida del sentimiento de superioridad sobre los miserables, a quienes se socorre, son regularmente los motivos de sus favores. En una palabra, si hacen [p. 18] beneficios, es por satisfacer estas vanas inclinaciones y por alimentar su vanidad con humillaciones injustas. El corazón generoso de María Luisa de Borbón no conoce semejantes motivos para manifestar su beneficencia. Grande y real verdaderamente, en sus beneficios y en el modo con que los hace sabe ahorrar el rubor, la humillación y el embarazo a los que los reciben y no pretende otra recompensa de ellos más que el inefable placer de haberlos hecho.

[p. 19] De este fondo inagotable de generosidad pura y desinteresada, de este deseo constante de contribuir a la utilidad común nace el aprecio que la merecen todos los establecimientos

favorables al bien público y la protección eficaz que constantemente les concede. Su caridad ilustrada no se limita a beneficios y socorros particulares, que, si consiguen aliviar al individuo, no alcanzan a cortar la necesidad común y hacen acaso más dificultoso su remedio. Le reina quisiera extender [p. 20] su beneficencia a todas las clases indigentes del estado y cortar cuanto es posible la raíz de la miseria pública.

Bajo su protección vemos florecer escuelas, en donde las niñas, antes abandonadas a la ociosidad, reciben una educación laboriosa y conservan en la península con sus labores las cantidades considerables que salían de ella a enriquecer al extranjero, donde se acostumbran a la continuación del trabajo y adquieren medios de hacer [p. 21] menos gravosa su manutención a sus padres; donde en fin se las da con los principios de la religión la instrucción en las labores propias de su sexo. Bajo la misma poderosa protección, las cárceles de la capital vieron entrar en sus oscuros y melancólicos recintos la luz piadosa de la caridad; las infelices, conducidas a los encierros por sus desórdenes, oyeron la voz consoladora de la compasión; sus manos ociosas hallaron ocasión y medios para utilizarse, y sus corazones extraviados [p. 22] tiempo y motivos para corregirse.

Pero entre los bienes debidos a la augusta protección de nuestra soberana, donde más se descubre su piadosa ilustración es sin duda en un establecimiento, nuevo en su género y singular por su importancia, donde la fragilidad del sexo halla un asilo, el honor un resguardo, el desamparo un recurso y los más abominables delitos un freno poderoso. Vosotros conocéis que hablo de la sala de reservadas, debida a la [p. 23] piedad de la reina y sostenida con sus cuantiosas liberalidades. Yo no temo decir que este solo efecto de su beneficencia bastaría para formar un elogio completo de otra que no hubiese hecho más bienes a la humanidad y para cubrir su nombre de una gloria inmortal.

Porque ¿quién no se horroriza con la memoria de los excesos a que daba lugar la falta de este admirable establecimiento? Un delito solo, una flaqueza, digna en su principio de alguna compasión y misericordia [p. 24] era repetidas veces el origen de los más execrables delitos. La miserable que tenía la desgracia de caer en ella era ordinariamente perdida sin recurso. Seducida, culpable, abandonada por un vil seductor, llena de remordimientos inútiles, odiosa a su familia, luchando entre la vergüenza y la desesperación, mirando como inevitable su infamia: o renunciaba para siempre a toda idea de honor y de virtud o sofocando los sentimientos más tiernos de la religión y naturaleza.... ¡Ah! [p. 25] no pronunciemos siquiera el más horrible de todos los delitos. La imponderable beneficencia de la reina ha conseguido detener sus mortales estragos y aminorar aquella progresión de desórdenes que, minando sordamente la sociedad y atropellando todos los deberes, eran a un mismo tiempo la ruina del estado y de las costumbres.

Gracias al corazón compasivo de la reina, la flaqueza tiene abierto un recurso, el crédito un sagrado, la enmienda y arrepentimiento [p. 26] una esperanza, y Madrid un nuevo motivo para bendecir la piedad de su soberana.

Abandonemos a su propia crueldad a los que, creyéndose impecables, tienen bastante dureza para no compadecerse de las fragilidades de sus semejantes, o más bien lloremos sus perniciosas preocupaciones. Dejemos a la insensibilidad o a la ignorancia atribuir ingratamente al remedio de unos males inevitables el origen y continuación de los mismos males: calumnia grosera que la [p. 27] religión, la razón y la sana política desmienten concordemente. La humanidad mira sus máximas duras e inconsideradas con un justo horror y la opinión pública les tiene decretado un absoluto desprecio.

La fragilidad, la seducción y el extravío perseguirán y afligirán a la humanidad en todos tiempos; y las cortes, las grandes poblaciones, serán siempre el teatro de sus estragos. ¡Ojalá hubiera medios de conservar la inocencia a cubierto de toda seducción! ¡Ojalá las pasiones [p. 28] no contaran una sola víctima! ¡Ojalá que los establecimientos humanos alcanzaran la facultad de hacer desaparecer todos los males! Pero en esta parte lo pasado y lo presente nos dan una triste seguridad de lo que está por venir y que, ¿dejará por eso de merecer todas las aprobaciones y alabanzas un establecimiento que, si no corta todas las flaquezas, impide una suma espantosa de desórdenes? Porque una infeliz seducida haya incurrido en una falta, ¿se la dejará entregar al [p. 29] abandono, a la desesperación y a los últimos excesos? ¡Y tal vez será la primera en que conoció el delito!... ¡Y tal vez se conservará la reputación y paz de una familia!... ¡Y tal vez, en fin, el estado logrará una buena madre de familia, una casada virtuosa en la que sin este recurso se hubiera enteramente abandonado!...

Bendigamos, vuelvo a decir, la piedad ilustrada de nuestra soberana. Mezclamos nuestras voces con las de las infelices que sienten los saludables [p. 30] efectos de su caridad, de aquella caridad activa que, teniendo por límites estrechos su palacio y familia, lleva sus beneficios a todas las partes del dominio español, como una lluvia fecunda y provechosa, que todo lo reanima y vivifica.

María Luisa de Borbón quisiera que una felicidad universal desterrase de todos sus vasallos la aflicción y la indigencia. Si la duración de una guerra larga y costosa no la permite entregarse a su beneficencia ordinaria, tiempo vendrá en que [p. 31] desde el seno de la paz y de la abundancia volverán a correr sus beneficios con la plenitud antigua. Entre tanto, suspirando por la paz deseada, imitando el ejemplo de las Constanzas y las Isabeles, no se desdeña de sufrir por el bien del estado útiles y ejemplares privaciones. Madre tierna de todos sus vasallos, prefiere

el sacrificio de los intereses asignados a la majestad a la dura precisión de agravar el peso de los impuestos y contribuciones sobre las manos pobres y laboriosas.

[p. 32] Estos son los medios por donde María Luisa de Borbón se hace amar de los españoles; y estas las virtudes que he escogido para formar su elogio, virtudes que todas las clases del estado unánimemente confiesan, virtudes que, manteniéndose siempre en su actividad y vigor, nos prometen materia abundante para formar en los años siguientes otros más bien dispuestos elogios.

